



ALCANTARA



AÑO V

30 ABRIL 1949

NÚM. 18

POETAS PORTUGUESES

João de Deus

Para «ALCANTARA»

La poesía es como un río musical entre orillas de emociones: azogue, vena, camino. El Mondego a su paso por Coimbra, rumboso de historia y de fronda, crea poesía, hace poetas. Así Camoens. En el siglo XIX, Juan de Dios—João de Deus. Nació poeta en el Algarbe campesino, de población ágil, experta, alegre, locuaz al decir de Moniz Barreto; pero se hizo poeta en el «Chopal» y en «la Quinta de las lágrimas». En *Sn. Bartolomeu de Messines*, nació y vivió hasta los veinte años, y, «diez años de la guerra de Troya—según contaba—en las aulas de la Universidad, curtidas de *Trivium* y *Cuadrivium*, de las que salió sin una cicatriz angustiosa, sin un «ismo». Impoluto y cantando, naturalmente, como los pájaros de San Francisco de Asís, para toda su vida.

Dibujaba. Pintaba. Recitaba. Cantaba, sí, cantaba al son de la *viola*—mejor, rabel—en estilo popular, como Federico García Lorca. Los poetas deben ser pintores y músicos a lo Ravel, o Falla o Alfonso el Sabio.

Teófilo Braga lo considera precursor de la «generación de Coimbra». Acaso en orden cronológico; otra cosa, no. Más auténtica generación que la española del 98. Sus alas de alondra no rozaron aires decadentes de Mallarmé, ni pesimismoes quentalianos, ni soflamas revolucionarias. Fué un alma angélica, un Juan del pueblo, en el sentido más amoroso y creador, por su cándida sencillez, humorista y graciosa. Juan era, también, de Dios, Juan de Dios, con arrebatos místicos evocadores de los de Lope de Vega. Limpieza, serenidad, equilibrio. Estrella desnuda. Sobre las del firmamento poético universal, en el seráfico azul del amanecer brillará siempre este lucerito lusitano.

¿Dónde la poesía? ¿En el alambicamiento retorcido y mitológico de las «Soledades»? ¿En «el Cementerio Marino», de varias interpretaciones, de Paul Valery? ¿Tal vez en Salvador Dalí? ¿En las mágicas penumbras de Aleixandre? ¿En Gabriel y Galán? ¿Se encaramó a la Cátedra con Entrambasaguas o Dámaso Alonso? En todas partes y en ninguna. Dicen los preceptistas que en la actual desorientación, «se ha perdido la armonía entre el subjetivismo del artista y la

objetividad temática ¿Habrás perdido la Poesía con la Esperanza del fondo de la caja de Pandora?...

Recuerda João de Deus a los cantores medievales, a los galaicos o lemosines. Evoca la poesía trovadoresca de los cancioneros, y también el estilo nuevo a la italiana y a los Clásicos y a la Biblia. Sin pesimismo, ni lamentos de ausencias y nocturnos—si acaso dulces *saudades*—hay en la poesía de João de Deus ecos garcilasianos, rumores de endecasílabos renacentistas: Dante, Petrarca.

En los comienzos fué trovador estudiantil. Los amigos copiaban sus versos; así, añádiánse o apagábanse estrofas. Buena labor la de estudiar las variantes en las poesías de João de Deus. Luego, mal vivió en provincias, diseminando sus versos en pequeñas revistas y diarios. Más tarde alcanzó la fama y apareció su «Cartilla Maternal». En 1869 publicóse «Flores del Campo» y, después, «Folhas Soltas».

El poeta canta el Amor, el amor a la mujer, el amor a su pueblo, el amor a Dios. Es tan clara, tan precisa la voz de su fuente perennal, tan suya, tan única, que no se apaga a través de lustros y de Escuelas. Envenenados de angustiosos «ismos», serena un baño bautismal en las aguas puras de la ingenua Belleza.

«Lirios de luz inocente a los que millones de años no robaran un pétalo», según Guerra Junqueiro. «Tiene las sonoridades luminosas del genio», dice Gomes Leal. Teixeira Gomes añade que sus versos son el más puro manantial de dulzura, la más penetrante y exquisita subjetivación de amor que se conoce. Y Antonio Nobre, el poeta triste y moribundo, le llama «grande y delicioso poeta». Sí, delicioso, encantador poeta.

«El libro de Amor» de Juan de Dios, publicóse en Lisboa en Abril de 1921, veinticinco años después de la muerte del poeta. Alfonso Lopes Vieira, en breves palabras ofrece esta edición a su hijo, el hijo del Poeta: «este libro—le dice—es uno de los dones de la Patria y una de las glorias del Mundo». Se divide en tres partes: «Amor idílico», «Amor elegíaco» y «Amor místico». Termina en *O cantico dos Canticos no libro do Amor*.

Tenía João de Deus el aspecto de un apóstol de retablo barroco. Su cabeza enmelenada, gran bigote y barbas patriarcales, fortalecían la apacible mirada de sus ojos mansos y soñadores, como el mirar del otro Juan, de San Juan de la Cruz. Hay en su cara íntimas vehemencias de ideales humanos, frenadas por una ingenua calma que trasciende en amores a las criaturas, y, sobre todos sus amores, en el amor a Dios:

.....

 Ergue no ceu a luminosa fronte
 A lâmpada da Fé, onde a nossa alma
 Vai, como a corça a solitaria fonte,
 Matar a sêde que mais nada a calma.

ENRIQUE SEGURA

UNAMUNO Y SU INMORTALIDAD

«Y el fin de la vida es hacerse un alma inmortal» (Unamuno: «La Agonía del cristianismo»).

VAMOS, lector, al margen de tantos libros y estudios, como sobre él se han escrito—y es esto tema para ser más amplia y gustosamente tratado en otra ocasión—, a adentrarnos y abismarnos en el recuerdo de Unamuno, que así cumpliremos su deseo de revivirnosle, al pensarle y recordarle. Y recordémosle en Salamanca, en «su» Salamanca, en cuyas piedras el sol «...al acostarse encienden—el oro secular que las recama», que guarda, como él deseó, su recuerdo y su alma, que él quiso pedernosa como la de la ciudad cantada y amada. Porque allí, donde el cielo y el sol abrasan las almas, vino a enseñar, y aprendió a cambio su inmortalidad.

Allí en Castilla, descubrió Unamuno su *buena nueva*, vieja ya para el que cree en Dios. Y comenzó a predicar su *evangelio*—suyo le creía él.—Y su evangelio es un imperativo categórico, a la manera kantiana: «Obra de manera que puedas merecer la inmortalidad», lo cual supone una *fictiva ficción*, al modo del *como si* ignaciano—, que desveló el señor Maldonado en una famosa conferencia—: «Pretende ganar la inmortalidad, *como si* tal inmortalidad solo de tu obrar dependiera». Y, claro está, que sabes tú, lector, como sé yo, que la inmortalidad es don que insiste en cada uno de nosotros, es decir, que está dentro de tí, dentro de mí, que somos inmortales, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, y Dios no muere, que es inmortal. Pero D. Miguel quiso una inmortalidad suya, hecha por él y a su medida. Solo que tal inmortalidad se la hemos dado nosotros. Y no es invención mía, no. Lo dice él mismo, él, que se sueña su ser y su *ex-sistir* (ser fuera) de nosotros, que sueña sus entes ficcionales que viven, porque él les sueña. ¿Y a D. Miguel, quién le sueña para que *ex-sista*, para que sea fuera del que le sueña? Pues nosotros le soñamos a él, haciéndonos cada uno un D. Miguel tan verdadero como el D. Sandalio de su novela inargumentada—, que así es más novela, dice—¿Y si no fuéramos nosotros que le soñamos, quién le haría inmortal soñándosele? Porque él, como ser real, fué desoñado, es decir, murió en el despertar de quien le heña en su sueño vividero y vivificador.

Así sus figuras soñadas, su Agustín Pérez, su Fulgencio Entrambos Mares, su Manuel Bueno—¿Santo, por qué?—, su pobre Juan—Juan Lanás y trasquilado—, y todos los otros. ¡Y tan de sueño! Como que solo en él se les encuentra. ¿No has observado, lector, que estos personajes son como de sombra, impalpables e inaprehensibles?